



I Vísperas de la Solemnidad de nuestro padre santo Domingo Convento Santo Domingo

Reflexión para toda la Familia Dominicana de Colombia

Hay tres momentos límites de la vida que manifiestan nuestra profunda verdad, es decir, quiénes somos y de qué estamos hechos: la enfermedad, la vejez y la hora de la muerte. De estas tres compañeras de la vida difícilmente podremos ocultarnos y, por el contrario, son ellas las que nos ponen en evidencia.

Nuestro padre Santo Domingo vivió dos de esas tres, la enfermedad y la muerte, y ambas sirvieron, entre otras cosas, para develarnos quién era y de qué estaba hecho nuestro fundador. Hoy, por fecha, estamos celebrando que un 6 de agosto de 1221 Domingo de Guzmán entrega su alma a Dios, es decir, nace para la eternidad, lo que en su bautismo ya había recibido en semilla. Les invito a recrear esa escena que tantas veces hemos escuchado y que hemos contado a generaciones y generaciones: cuando fray Domingo en su lecho se encuentra con sus frailes que entre sollozos se despiden de su padre espiritual, y les dice: “No lloren por mí, yo les seré más útil desde el cielo”. Esto dice mucho de quién fue Domingo. Un hombre al que le duele el llanto de sus hermanos, pero sanamente desprendido de ellos, práctico, pero con sus ojos fijados en una meta que va más allá de lo temporal, de lo efímero y pasajero. Paradójicamente cuando sus hijos y primeros frailes ponen su mirada en él, nuestro padre habla del cielo y de las nuevas posibilidades de gozar en él.

En el himno del Jubileo, específicamente en el coro, hemos venido cantando “Domingo, todo de Dios”. Y es que, entre sus rasgos sobresalientes, nos encontramos con una vida teologal, es decir, ordenada a Dios, felizmente dependiente de Él. Su aprendizaje de la piedad religiosa de su madre, de las primeras letras, muy seguramente con la recitación de los salmos bajo el amparo de su tío arcipreste, las noches de estudio en torno a las Sagradas Escrituras mientras permanecía en Palencia, sus fervientes vigiliyas de oración, su constante motivación a la alabanza de los frailes con el oficio divino, entre muchas acciones más, nos aseguran esa vida teologal que testimonió incluso en la hora de su muerte. En este contexto podría entenderse mejor aquella frase: “no lloren por mí, yo les seré más útil desde el cielo”.

¿Habría algo más que le hiciera mostrar su auténtica compasión por los demás? Su vida relatada ya por sus primeros biógrafos parece reflejar aquella relación que hace el Evangelista San Mateo cuando narra la respuesta de Jesús ante la pregunta del fariseo sobre cuál era el gran mandamiento de la ley: “Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” (cf. Mt 22, 36-40) Su vida dispuesta a Dios le hizo sentir lo que los

pobres de Palencia, le hizo unirse al plan del obispo Diego de Osma con su clero de la diócesis, le abrió los ojos ante la confusión de fe que vivía el hospedero de Tolosa y todos los Albigenses del Languedoc, le hizo incluso humillarse ante uno de sus primeros frailes que contradecía el voto de pobreza antes de partir a París por el peligro que ello implicaba para el ejemplo de la predicación.

¿De dónde le vino a Domingo esa afabilidad, buen ánimo, magnanimidad y don de gentes? Seguro sólo una mirada humanista, solidaria o filantrópica le hubiera dado cierto impulso, que luego no hubiera podido mantener si no tuviera una fuerza motriz más constante que le hubiera permitido atraer a muchos hacia el proyecto de la predicación, tal como ocurrió. Y así hemos de decir de su creatividad evangelizadora anclada a la misión apostólica, de su gozo al hacer partícipes a hombres y mujeres, religiosos y laicos, en la empresa de predicar; de sus relaciones cercanas con la curia romana y también, por supuesto, de la fuerza de su predicación que no dejaba a nadie indiferente.

Querida familia dominicana, esta vida teologal de nuestro padre nos hace pensar que quien se ordena a Dios, en la Orden de Predicadores, ama al mundo para contemplar en él las necesidades urgentes, pasajeras y profundas de la humanidad, y dar respuestas no sólo pasajeras e inmediatas sino también hondas y estructurales a la luz del Evangelio. En realidad, Dios no nos separa del mundo, nos une a él para cooperar en su misión redentora con nuestra palabra y nuestras obras, con nuestro modo de vida y nuestras distintas inteligencias. Estamos seguros de que ninguna de nuestras obras apostólicas, de cualquier índole o influencia social, han sido pensadas fuera de esta lógica de Dios. Sin embargo, está en nuestras manos servir en ellas como quien quiere hacer la voluntad de Cristo: que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (cf. 1Tim 2,4), pero con la convicción que Jesús enseñó a sus apóstoles: "... cuando hayan hecho todo lo que les fue mandado, digan: -somos siervos inútiles; hemos hecho lo que debíamos hacer" (Lc 17, 10).

Hoy nuestra opción de ser predicadores, a la luz de las huellas de nuestro padre, es una necesidad para el mundo, que pide a gritos, consciente o inconscientemente, signos de verdadera comunión, de corazones afables y dispuestos a entablar una real amistad con el mundo, signos de buen ánimo constante y de perseverancia en las decisiones vitales que se toman para el bien de los demás, de su salvación. El mundo necesita la luz del Evangelio, aunque sus necesidades se traduzcan hoy en crudas tensiones humanas, sociales, políticas y económicas.

Y si alguien aún se pregunta ¿cómo hacer todo esto? En todo caso sugiero como primer paso que cada uno de nosotros sea *todo de Dios*.

fr. Raúl Gómez Sánchez O.P.
Promotor Provincial de la Familia Dominicana